



como con un vestido, y la ceñí de oscuridad, del mismo modo que se faja un niño? La encerré dentro de las márgenes que la señalé, y los cerrojos y puertas que la puse, y le dije: «Hasta aquí llegarás, y no pasarás más adelante, y aquí has de quebrantar la hinchazón y soberbia de tus olas.» Dime, despues que estás en el mundo, ¿qué has mandado? ¿Has mandado al crepúsculo de la mañana que luciese, ó has mostrado á la aurora el lugar en que debe despuntar? Cuando la tierra se llenó de hombres impíos, ¿la tomaste tú en las manos y la sacudiste, como se sacude una ropa, para limpiarla de tanta maldad? El sello será restablecido como lodo, y subsistirá como un vestido. Será quitada á los impíos su luz, y su brazo alto será quebrantado. ¿Acaso has entrado en las profundidades de la mar y te has paseado por lo más hondo del abismo? ¿Te han sido abiertas las puertas de la muerte, y has visto las entradas tenebrosas? ¿Has considerado la anchura de la tierra? Dame razon, si sabes, de todas estas cosas. ¿En qué camino habita la luz, y cuál es el lugar de las tinieblas, para que lleves cada cosa á sus términos y entiendas las sendas de su casa? ¿Sabías entonces que habias de nacer y tenias noticia del número de tus dias? ¿Has entrado en los tesoros de la nieve, ó has visto los tesoros del granizo, que tengo yo prevenido para el tiempo del enemigo y para el dia de pelea y de combate? ¿Por qué camino se esparce la luz y se reparte el calor sobre la tierra? ¿Quién dió curso á un aguacero impetuosísimo, y camino al trueno ruidoso, para que lloviese, no sólo sobre la tierra cultivada, sino en lo desierto, yermo y estéril, para inundarla y hacerla fértil, y produzca yerbas verdes? ¿Quién es el padre de la lluvia, ó quién engendró las gotas del rocío? ¿Quién es la madre del hielo, y quién el que produce la helada en el aire? Las aguas se endurecen á semejanza de piedra, y la superficie del abismo se aprieta. ¿Podrás acaso juntar las brillantes estrellas de las Pleiadas, ó podrás detener el giro de Arcturo? ¿Eres tú el que haces comparecer á su tiempo el lucero, ó que se levante el Véspero sobre los hijos de la tierra? ¿Entiendes el orden del cielo y darás razon de

él en la tierra? ¿Elevrás tu voz hasta las nubes, y ellas, obedeciéndote, arrojarán un diluvio de agua sobre la tierra? ¿Enviarás los relámpagos, é irán y te dirán cuando vuelvan «aquí estamos?» ¿Quién podrá contar el orden de los cielos, y quién hará cesar su armonioso concierto?

«Eres tú el que cazas la presa para la leona y sustentará la vida de sus cachorros, cuando están echados en las cavernas y de acecho en las cuevas? ¿Eres tú el que provee de alimentos á los polluelos de los cuervos, cuando abandonados de sus padres, gritan á mí, piando y bullendo al rededor del oido, porque no tienen que comer? ¿Tienes noticia del tiempo en que paren las cabras monteses entre las breñas, ó has observado los partos de las ciervas? ¿Quién dejó al asno montés en libertad y quién soltó sus ligaduras? ¿Querrá servirte el rinoceronte, ó morará á tu pesebre? ¿le atarás al yugo para que are, ó romperá los terrones de los valles en pos de tí? ¿Eres tú el que has dado al pavo real su plumaje, á la garza real su penacho, al avestruz sus soberbias plumas? ¿Eres tú el que has dado la fuerza al caballo, y el que has erizado su cuello de una clin-movible? ¿Se cubre de plumas el gavilan por tu sabiduría, extendiendo sus alas hácia el Mediodía? ¿A tu voz se remontará el águila y pondrá su nido en lugares inaccesibles (1)?»

Estas magníficas preguntas son muy propias para hacer sentir al hombre que, puesto caso se pierde en la naturaleza material que le rodea, no debe determinarse á juzgar á su Criador ni pronunciarse sobre los secretos de la Providencia. Dios lo hace entender muy bien á Job cuando le añade estas palabras: «¿El que disputa con el Omnipotente, tan fácilmente se aquieta? Ciertamente, el que arguye á Dios, debe responderle.»

Job dijo entonces al Señor: «Débil criatura, he hablado ligeramente; ¿qué puedo yo responder? pondré mi mano sobre mi boca. Una cosa he hablado, que ojalá no la hubiera dicho; y otra tambien, á las que nada más añadiré (2).»

(1) Job, 38 y 39.

(2) Ibid., c. 39.



El Señor respondió desde el torbellino: «Ciñe tus lomos como hombre dispuesto al combate; voy á preguntarte, respóndeme: «Te atreverás á anodadar mi justicia, y me condenarás á mí para justificarte? Vístete de majestad, elévate hasta el cielo, muéstrate lleno de grandeza y hazte ver cubierto todo de luz y de gloria. Disipa á los soberbios con tu furor, y con una sola mirada abate á todos los soberbios. Vuelve los ojos sobre los impíos y confúndeles, y desmenúzales en el lugar de su gloria. Escóndeles á la vez en el polvo y desfigura su cuerpo en el sepulcro (1).»

Despues de esto, siempre para hacer conocer la distancia que hay del hombre al que le ha hecho, Dios describe á Job dos grandes animales, que fueron criados en el mismo tiempo que el hombre; llámanse Behemot y Leviatán. Por el primero, la mayor parte de los intérpretes entienden el elefante, algunos el hipopótamo, animal muy grande que vive en el agua y sobre la tierra, y de los cuales hay un gran número en el Níger, en el Nilo y en los rios de la Etiopía. Por el segundo, unos entienden la ballena, otros, quizá con más fundamento, el cocodrilo.

Job respondió al Señor: «Sé que todo lo puedes, y que ningun pensamiento te se esconde. ¿Quién es ese que sin ciencia esconde el consejo? Por esto yo he hablado néciamente, y lo que sin comparacion excedia mi ciencia. Oye, y yo te hablaré; te preguntaré y respóndeme. Hasta ahora, Señor, sólo os conocia de oidas; mas al presente os tengo delante de mí, y con vuestra luz habeis disipado de mi alma la ignorancia y el error en que antes estaba. Por esto me acuso á mí mismo y hago penitencia en pavesa y en ceniza (2).»

Despues que el Señor habló á Job estas palabras, dijo á Eliphaz Temanita: «Mi furor se ha airado contra tí y contra tus dos amigos, porque no habeis hablado delante de mí lo recto, como mi siervo Job. Tomad, pues, siete toros y siete carneros, é id á mi siervo Job y ofreded holocausto por vosotros; Job mi siervo

hará oracion por vosotros; la recibiré favorablemente, y será perdonado lo que habeis hablado nécia é imprudentemente, y no con verdad y rectitud como mi siervo Job.»

Obedecieron, pues, Eliphaz Temanita, Balad Suhita y Sophar Naamita, é hicieron puntualmente lo que el Señor les habia mandado, y el Señor oyó favorablemente á Job. El Eterno se compadeció tambien del estado en que se hallaba Job, al mismo tiempo que este hacia oracion por sus amigos, y volviólo doblado los bienes que antes poseia. Y vinieron á visitarle todos sus deudos y conocidos, y comieron con él en su casa; diéronle muestras de su compasion y sentimiento, le consolaron en todas las tribulaciones que el Señor le habia enviado, y le hizo presente cada uno de ellos de una ex-cogida oveja y de un zarcillo de oro. Por esta oveja algunos entienden una manada, en que estaba representada la figura de una oveja (1).

Y Dios bendijo á Job en su último estado mucho más que en el primero; porque poseyó catorce mil ovejas, seis mil camellos, mil yuntas de bueyes y mil asnas. Tuvo tambien siete hijos y tres hijas. Llamó á la primera Dia, á la segunda Casia y á la tercera Cornustibia. Y no hubo en toda la tierra mujeres que se pudieran comparar con las hijas de Job en hermosura, y su padre las dió parte en la herencia como á sus hermanos. Job vivió despues de esto ciento cuarenta años; vió sus hijos y nietos hasta la cuarta generacion, y murió lleno de dias y en edad muy avanzada (2).

Tal es la historia de Job, escrita primero en árabe por él mismo, y despues en hebreo por Moisés; esta es al ménos la opinion más verosímil. Lo que no es dudoso, es que se escribiera al mismo tiempo que acababa de suceder. Si antes de su desgracia Job no era rey, propiamente dicho, de Idumea, era siempre un principe bastante poderoso para ser comparado á un rey. Pudo, en efecto, llegar á serlo despues, puesto que el reino de Idumea era electivo entonces, como se ve por la Escritura, en donde los soberanos de este país no se suceden

(1) La palabra pecunia, de pecus, indica un parecido origen.

(2) Ibid., c. 42.

(1) Job, c. 40.

(2) Job, c. 42.





de padres á hijos. Job, pues, pudo ser muy bien, segun lo asegura positivamente el apéndice de la version griega, el rey de Edom, Jobad, del cual se ha hablado en la genealogía de Esaú. Añádese á esto el alto rango de sus amigos, el ruido que hicieron sus desgracias en las comarcas circunvecinas, y no se podrá dudar que fué puesto al punto por escrito, segun el deseo formal de que hemos visto dar testimonio á Job mismo. Todo nos asegura que este es uno de los libros más antiguos del mundo, si es que no es el más antiguo.

Job es una figura perfecta de Jesucristo, que él espera. Como él, es inocente, es justo, y sin embargo, Dios le affige; hombre de dolor, un leproso, magullado desde los pies á la cabeza, lleno de oprobios, desconocido para los mismos que le conocian. Como él, abandonado de

sus amigos, busca un consolador y no le encuentra. Como él, exclama en la amargura de su alma: «¡Dios mio! ¡Dios mio! ¿por qué me habeis abandonado?» Como él, y casi á punto de espirar, exclama: «¡Padre mio, encomiando mi alma en vuestras manos; yo sé que mi Redentor vive; cuando él me haga morir, yo esperaré aún en El. Como él, cubierto de llagas, intercede por los que le han ultrajado, y Dios les perdona por su mediacion. Como él, resucita á una vida nueva, á una vida de dicha y de gloria inalterables, en donde los que le habian abandonado vuelven á él, son admitidos á su mesa, participan del mérito de sus sufrimientos pasados y de la alegría de su felicidad presente. En una palabra, desde Adam hasta Job, todo nos habla de Jesucristo y de su Iglesia.

### CAPÍTULO III

Moisés.—La política de Egipto y de otros pueblos.—Opresion de los israelitas.—Sus trabajos.—Sumersion de los niños varones de los israelitas.—Faraon opresor de los israelitas, y los reyes opresores de la Iglesia.—Nacimiento, exposicion, libramiento y educacion de Moisés.—Sabiduria del Oriente y de Egipto.—Constitucion egipcia.—Castas.—Doctrina de los sacerdotes egipcios.—Superioridad de la de Moisés.—Ciencia y hazañas de Moisés.—Mata á un egipcio.—Su huida á Madian.—Su matrimonio y posteridad

El género humano cumplia la orden y la bendicion de Dios dadas á Noé y Adam: crecia y se multiplicaba, llenaba la tierra y la subyugaba (1). De la llanura de Senaar, Dios habia diseminado las diversas familias, para que llegasen á ser otras tantas naciones. Las unas, sin morada fija, recorrian con sus ganados las regiones todavia poco ó nada habitadas; las otras se habian fijado en comarcas determinadas; subyugaban el suelo por la agricultura, le hacian producir pan y vino. No contentos con subyugar la superficie de la tierra, penetraban hasta en sus entrañas; Job ya nos hace ver á los rios aprisionados en sus diques, obligados á correr por caminos desconocidos que la mano del hombre les abre en la roca (2). Ya las montañas se nos ofrecen abiertas por la mano del hombre que por diversos caminos practicados en su seno, dejan brillar en sus tinieblas y descubrir el topacio, la esmeralda, el zafiro; y trasformando el hombre las piedras y el polvo en oro, en plata, en cobre, y mostrándose por todas partes al que es, en efecto, el segundo criador. El Océano sufre igualmente su imperio. Desde que Dios le enseñó á construir un arca, para pasar del mundo primitivo al mundo presente, nada hay que le detenga; el pais separado por el mar, la navegacion le aproxima. Se ve á los descendientes de Esaú llevar por el mar Rojo á la India el bálsamo de Gallaad, y traer el oro de Ofir y el marfil. En los

océanos de arena, el elefante y el camello sirven de navíos. Los descendientes de Ismael y de Madian van á Egipto á vender los perfumes de la Arabia y comprar trigo. Lo que Dios hace en grande, el hombre lo hace en pequeño. Por el misterio de la atraccion, Dios establece una comunión de influencias entre todos los cuerpos del universo; á su ejemplo, el hombre, por el comercio, establece entre todos los pueblos de la tierra una comunión de bienes materiales, que llegará á ser para los hombres de buena voluntad, una comunión de bienes intelectuales. Con las riquezas de la industria humana se trasportaron tambien de un país á otro los tesoros de la sabiduria divina. Por esto la historia de Job se ha conservado hasta nuestros dias entre los árabes (1); por esto sin duda todavia se descubren huellas de ella hasta en la India. Se habla allí de una reunion en el cielo, en donde se agitó la cuestion de saber si habia sobre la tierra un príncipe sin defecto. Un dios citó por modelo á un rey, su discípulo; otro sostuvo, al contrario, que si se le abandonaba se le veria al punto lleno de vicios. El reto fué aceptado. El rey, despojado de todo y reducido á la más afrentosa miseria, no perseveró menos en la práctica de la virtud, y todo el cielo acabó por recompensarle. Los indios debieron aprender esta historia por su comercio con los compatriotas de Job (2).

(1) Gén., c. 1, 28; c. 9, 10.  
(2) Job, c. 28.

(1) *Biblioth. orient.*, art., Ajuob.  
(2) Carta del padre Bouchet al obispo de Abranches.